

Gabriel Salazar. *Conversaciones con Carlos Altamirano. Memorias Críticas.* Editorial Debate, Santiago, 2013. 577 páginas.

ISBN 978-956-8410-39-1

Ni Gabriel Salazar, ni Carlos Altamirano requieren mayor presentación. Gabriel Salazar, así como Cristián Guerrero Yoacham, Sergio Villalobos, Osvaldo Silva y otros que espero disculpen mi omisión, pertenecen a la generación de historiadores formados al alero del Instituto Pedagógico clásico. Esta generación tuvo la fortuna de aprender de grandes maestros tales como Eugenio Pereira Salas, Héctor Herrera Cajas, Guillermo Feliú Cruz y Hernán Ramírez Necochea. Desafortunadamente, esta generación también comparte la desdicha de haber vivido la destrucción de dicha institución a partir del quiebre institucional de 1973. Carlos Altamirano, por su parte, tuvo un rol significativo en el desarrollo político chileno durante los años cincuenta y sesenta. Aún más, como Secretario General del Partido Socialista durante el gobierno de la Unidad Popular jugó un rol esencial en el desarrollo de dicho proyecto político.

Desde el 20 de octubre de 2006 hasta el 7 de abril de 2010, “haciendo camino al andar” (p.15), ambos se reunieron entre 80 y 85 sesiones a conversar de la contingencia nacional e internacional, de la historia reciente del país, así como de su pasado decimonónico. Teniendo en cuenta los antecedentes de cada autor, una conversación entre ambos no podría ser menos que un deleite historiográfico y humano. Esta condición no resulta solo por el peso específico de cada individuo, sino por el análisis histórico con vocación de futuro que ambos realizan.

El libro de conversaciones no comienza con la Unidad Popular, 1973 o el presidente Salvador Allende. En lugar de ello, Gabriel Salazar decidió comenzar con una conversación sobre el presente. En este sentido, ambos comparten un diagnóstico claro. La sociedad está viviendo un cambio civilizacional importante, cuya raíz no es solo material, sino que transcendental. Ambos coinciden que dicho cambio afecta al ser humano en su esencia. Igualmente, ambos concuerdan, con toda razón, en el carácter vacío del presente, sobre todo a nivel intelectual. Como menciona Gabriel Salazar: “Los que se han entusiasmado y encandilado con los cambios a nivel de la humanidad y con la globalización producida por la tecnología comunicacional –que no son pocos– se han puesto apocalípticos y han pronunciado “el fin de la historia”, “el fin de la modernidad clásica”... mandando al tacho de la basura la utopías por las que luchábamos ayer y abriéndonos un futuro vacío, incierto, poblado de puros “post (tal cosa)” y despoblado de utopías... lo cual nos borronea todo futuro... mejor” (p.32). Para definir este momento, Salazar

utiliza el término: “nómades del presente” citando al sociólogo italiano Alberto Melucci. Describiendo los alcances de este cambio civilizacional, Altamirano se enfoca en el desarrollo de la ciencia, especialmente, la biotecnología y la clonación humana. Complementando lo anterior, Altamirano insiste en la importancia de tomar real conciencia sobre el problema ambiental. En sus palabras: “Ninguna de las antiguas culturas y civilizaciones ni los viejos Estados-Nación se tuvieron que enfrentar a este problema” (p.33).

Tomando en cuenta la tradición ideológica de ambos es obvio que el capitalismo contemporáneo fue objeto de análisis. Frente a este, Salazar y Altamirano coinciden que el capitalismo industrial, aquel que Marx analizó, ha sido reemplazado por un capitalismo financiero que, además, basa su riqueza en la producción de bienes inmateriales de gran valor. El ejemplo usado por ambos es Bill Gates (p.59). Por lo mismo, hablan sobre la necesidad de un nuevo Marx que sea capaz de explicar este nuevo capitalismo. En este sentido, estoy en desacuerdo con ambos. El capitalismo no ha cambiado en su esencia, ya que la base proletaria industrial sigue siendo el sustento del sistema. La mano de obra esclava en China y Asia no solo sigue produciendo ropa y maquinaria industrial, sino que ha permitido la masificación de la tecnología. Sin su explotación la tecnológica sería muchísimo más cara¹ y, por lo tanto, compañías como Microsoft, Apple y Facebook tendrían una fracción de clientes. Por ello es que me atrevo a discrepar con ambos. El capitalismo industrial sigue presente, solo se complejizo de un modo impredecible. Ahora la plusvalía no solo la crean los trabajadores industriales, sino también los empleados del sector servicios que mantienen tiendas y oficinas abiertas feriados y domingos. Como anticipó Marx, el capitalismo ya es global. Naturalmente, la modernidad no lo es.

Obligando al lector a quedarse con un sentido de espera, Salazar y Altamirano solo enuncian un tema que abordarán hacia el final del libro: el presente de la izquierda y los movimientos sociales. En ese sentido, Salazar enuncia un punto más que interesante. Los movimientos sociales actuales, además de ser globalizados, buscan la rehumanización y renaturalización del planeta (p.77). Dicha reflexión dialoga muy bien con la narrativa que presenta Altamirano sobre los orígenes del Partido Socialista. Para este último la base ideológica del Partido no se encontraba en Europa, sino en América Latina. Describiendo a la generación de los fundadores del socialismo chileno Altamirano dice: “tenemos una generación completa en nuestro pasado que resplandeció con colores propios, por sí misma, pues fue un movimiento surgido directamente de nuestra cultura ancestral... Las fuentes culturales de la izquierda popular de ese tiempo estaban en la misma América Latina, metidas en sus montañas, en sus mesetas, en sus valles y movimientos

¹ <http://www.forbes.com/sites/forbesleadershipforum/2012/01/25/the-real-reason-the-u-s-doesnt-make-iphones-we-wouldnt-want-to/> (Consultado el 24 de abril de 2014)

indígenas” (pp.135 y 138). Altamirano recuerda que los socialistas chilenos aprendieron mucho de los movimientos sociales de Perú, Bolivia y México. Para ellos “viajar por América Latina era *empaparse* de historia cultural, popular e indígena, y de motivos para hacer política realmente democrática” (p.136). En este sentido, el pensador peruano y fundador del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre fue el gran referente para el socialismo chileno de los años cincuenta.

A partir de esa conversación, Carlos Altamirano ofrece información clave para entender la formación del pensamiento socialista chileno. Describe en profundidad, y claridad, el rol que le cupo a Eugenio González, Raúl Ampuero y Óscar Schnake en la formación del partido. Aún más. Como testigo y forjador de la política chilena en los años cincuenta, sesenta y setenta, Altamirano comparte riquísimos detalles del quehacer político chileno. En este sentido, la sección titulada “Ecos políticos de antaño” es de lectura obligatoria.

Naturalmente la conversación entre Altamirano y Salazar no podía obviar el camino hacia la Unidad Popular. Para Altamirano, dicho proceso hay que enmarcarlo en la radicalización global de los años sesenta contra las desigualdades y la opresión. Para exemplificar su punto, Altamirano cita a Cuba, Vietnam, las luchas anticolonialistas en África, el 68 francés, “El Mercurio miente” de los muchachos de la Universidad Católica, entre otros. Estos procesos funcionaron como elementos catalizadores para un cambio generacional en la izquierda chilena. Mientras la generación de los cincuenta fue fundacional, la de los sesenta fue de ir al hueso (p.144). Importante destacar, dicho proceso no fue lineal, sino que zigzagueante. Así en el Congreso de Chillán de 1967, el Partido Socialista chileno legitimó la violencia revolucionaria como método legítimo para ascender al poder, mientras el Congreso de La Serena en 1971 abjuró dicha práctica.

Mientras el proceso hacia el triunfo de la Unidad Popular se enmarca en ese contexto, Altamirano entiende la implementación de dicho proyecto en la ideología del presidente Allende. Fiel a una tradición constitucionalista, Allende, explica Altamirano, consideraba que el sistema político chileno era elástico y que permitía transformaciones radicales. Allende creía que la democracia chilena daba el ancho (p.246). Más aún, eso explica porqué en la mirada de Altamirano el Presidente buscó siempre una salida política y nunca militar. Desafortunadamente, la Democracia Cristiana se negó a dicha salida. Con el fracaso de la “muñeca política,” argumenta Altamirano, Allende “solo podía esperar, guarecido en La Moneda, la ferocidad golpista de las Fuerzas Armadas de la patria” (p.294). Con relación al golpe de 1973, Altamirano es claro. Culparlo de dicho desenlace, basándose en las declaraciones del 9 de septiembre, no tiene sentido alguno. Para Altamirano, Estados Unidos, la derecha chilena y la Democracia Cristiana-Frei Montalva fueron los responsables. Estos tres actores, desde principios de los sesenta, colaboraron para detener el triunfo de Allende. Y cuando este ganó, recurrieron a todo tipo de acciones ilegales para agudizar las contradicciones en la sociedad chilena. Refiriéndose

a los intereses económicos y políticos de estos actores, Altamirano afirma “Todos [Estados Unidos, la derecha y la Democracia Cristiana-Frei Montalva] tenían demasiado que perder para permanecer pasivos. Y democráticos...” (p.340). Las afirmaciones de Altamirano, a este respecto, cuentan con el apoyo de los porfiados hechos corroborados por el “Informe Church” del Congreso Estadounidense (1976) y *Pinochet Files* de Peter Kornbluh (*The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability*, New Press, New York, 2004).

De todos modos Altamirano asume responsabilidad en el quiebre. Para el antiguo Secretario del Partido Socialista, el gran error fue “no haber tomado plena conciencia de que un cambio tan radical como el que estábamos intentando implementar no era posible, a menos que una Fuerza Armada defendiera esos cambios... para mí era claro que: o se realizaba una gran transacción con la DC –y se regulaban mejor las expropiaciones de los fundos, etc.– o uno de frentón resolvía el problema militar y de nuestra lucha *desarmada*. Quedarse en medio del fuego cruzado era una locura, un acto irracional, inútil... Bueno, y nos quedamos en el medio... Ésa es nuestra responsabilidad, y también la de Salvador Allende” (p.350).

Esta y muchas más reflexiones pueden encontrarse en las conversaciones entre Carlos Altamirano y Gabriel Salazar. De su vida en el exilio, la clandestinidad, la renovación de Partido Socialista y su actual diferencia con la que fue la dirección del ex senador Camilo Escalona y, supongo, la presente a cargo del diputado Osvaldo Andrade. Para Altamirano, el actual Partido Socialista chileno no se renovó, se acomodó y con ello dejó de ser el partido revolucionario y rebelde de sus setenta años de vida (p.165). A pesar de esto, Altamirano cree que la izquierda no está muerta. Es más, Altamirano cree que la izquierda debe aprender a pararse frente al futuro, honrando así la responsabilidad histórica de alentar las discusiones relacionadas con la protección de los trabajadores, previsión social, la educación entre otras (p.460). Pero al mismo tiempo, Altamirano insiste, debe ser una izquierda crítica que no repita de forma mecánica, pero que tenga continuidad con los movimientos del pasado (p.547). Salazar y Altamirano coinciden que el camino en esa dirección no es fácil, pero igualmente comparten que la renuncia no es opción. En las palabras de Gabriel Salazar: “heredamos el más grande desafío histórico posible para probarnos como sujetos portadores de conciencia histórica, sentido crítico y voluntad revolucionaria.” (p.465).

Poco se puede agregar a dichas reflexiones. Solo un punto. Ojalá ambos hubiesen conversado sobre la construcción de poder popular que resultó en el triunfo de la Unidad Popular. A pesar de ello, *Conversaciones con Carlos Altamirano* es de aquellos para leer, pensar, conversar y, claro, empoderar. Junto con la autobiografía de Gabriel Valdés (*Sueños y Memorias*, Editorial Taurus, Santiago, 2009), este libro es posible considerarlo un clásico de la historia chilena reciente y por lo tanto, de lectura obligatoria en ese sentido. Más allá de estar o no de acuerdo con los argumentos, este libro

demuestra que la hegemonía del mercado y el hedonismo no es tan apabullante como lo pareciese.

Cristóbal Zúñiga Espinoza.

Doctor en Historia por Stony Brook University
Nueva York - Estados Unidos